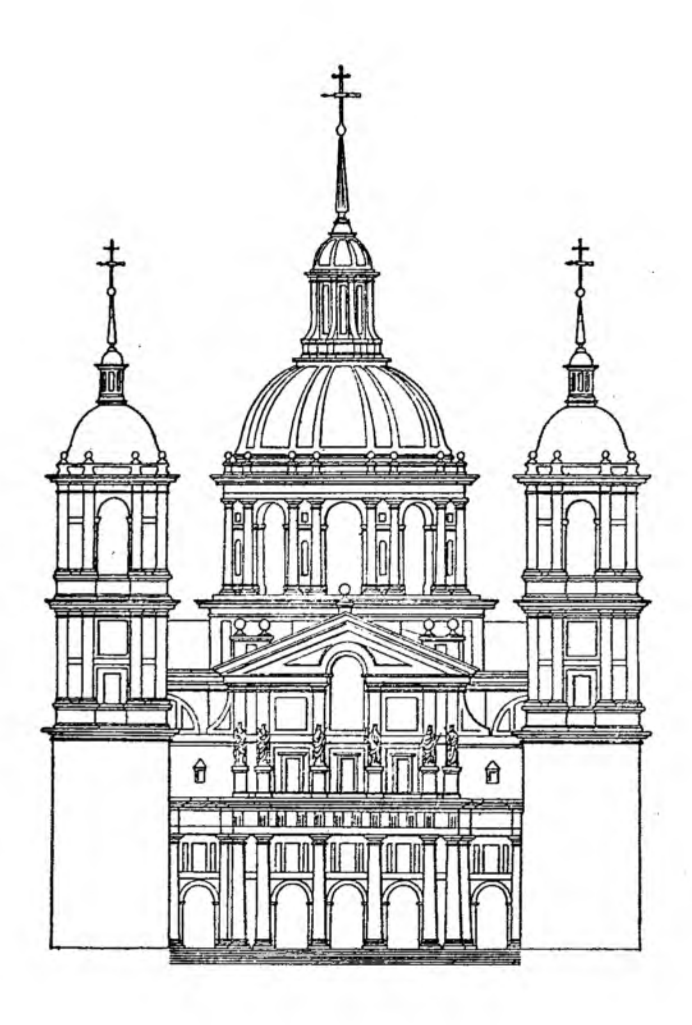


Estudios

Theodor Henermann: *El Escorial en la crítica estético-literaria del extranjero. Esbozo de una historia de su fama.*—Prof. A. Piga: *La literatura rusa y el alcoholismo.*

EL ESCORIAL EN LA CRITICA ESTETICO-LITERARIA DEL EXTRANJERO. ESBOZO DE UNA HISTORIA DE SU FAMA

POR

THEODOR HENERMANN

AL viajero que desde el norte de España se dirige a la capital en ferrocarril, se le ofrecen, poco antes de alcanzar su meta, dos cuadros sorprendentes, sumamente impresionantes: aparece primero, a su derecha, la poderosa ciudadela de Avila, pétrea expresión de la Edad Media española, o, por mejor decir, castellana; y luego, a su izquierda, la gigantesca mole de El Escorial, granítica expresión de la voluntad de dominio universal e imperial de Felipe II, último poderoso defensor de la tradición nacional frente a los primeros indicios de una nueva época.

Para sentir profundamente este contraste es necesario haber pasado unos cuantos días en ambos lugares. Y después debiera visitarse la vecina Segovia para experimentar una transición y equilibrio conciliadores; Segovia, cuya catedral del estilo gótico tardío, erigida en pleno Renacimiento, ilumina simbólicamente la actitud espiritual de la España de entonces.

Entre estos tres monumentos característicos de Castilla, Avila es el más venerable, Segovia el más festivo y El Escorial el más imponente, y al propio tiempo aquel que ha sido objeto de las más reñidas controversias. Es, en suma, una de las obras arquitectónicas más problemáticas de Occidente. ¿Por qué es esto así? ¿Por qué el juicio sobre él formado se ha modificado una y otra vez en el trascurso del tiempo? Esta interrogante y su respuesta nos llevan a lo más profundo de los fundamentos de la historia y del espíritu españoles de aquella época.

No nos proponemos hacer una exposición histórica de la arquitectura de El Escorial: existen bastantes; algunas excelentes. Trataremos, más bien, de formarnos una visión acerca de los juicios que en el curso de los siglos se han emitido sobre El Escorial, y extraer de ellas algunas conclusiones. No queremos ni debemos alardear de haber agotado todas las manifestaciones hechas acerca de El Escorial, toda vez que se cuentan por centenares. Pero los juicios de labios de aquellos que entendían algo del asunto y que todavía hoy tienen algo que decirnos sobre él, han de merecer nuestra mayor atención.

Como principio hemos de plantear una cuestión fundamental. No aquella de cómo, cuándo y dónde, con qué arquitectos, con qué fondos y en cuánto tiempo construyó Felipe II El Escorial, sino la de por qué lo hizo construir. La significación de esta interrogante fué ya advertida instintivamente por los contemporáneos del monarca. No tardaron en circular rumores y leyendas en torno al edificio aún inacabado: prueba ello de la medida en que no sólo despertaba la curiosidad de las masas, sino que también solicitaba y estimulaba a las más altas esferas intelectuales.

La que más tenazmente arraigó fué la leyenda de que Felipe II había levantado El Escorial en virtud de un voto hecho por él antes de la batalla de San Quintín. Cierto es que al proyectar el edificio acordóse agradecido de San Lorenzo, especialmente venerado por él, cuya festividad se celebra el 10 de agosto, la

misma fecha en que en 1557 se logró en San Quintín la victoria contra los franceses. El P. Sigüenza, sin embargo, uno de los más destacados testigos presenciales de la edificación, desmiente categóricamente que Felipe II se hubiera obligado a cumplir un voto. El orgulloso nombre de El Escorial: *San Lorenzo de la Victoria*, no obstante, permite descubrir claramente la íntima relación que guarda con la victoria de San Quintín.

Entre tanto, había surgido también una explicación para el voto, que se extendió rápidamente. Según unos, Felipe II había hecho fortificar, por razones tácticas, la iglesia de San Lorenzo de San Quintín, cometiendo con ello un sacrilegio. Según otros, la había hecho derribar, o incendiar, o destruir a cañonazos. El Escorial sería, por tanto, una iglesia expiatoria. Esta versión se encuentra ya muy tempranamente en narraciones de viaje, como, por ejemplo, en la de Jacobo Sobieski, en 1611.

Una y otra vez se alude en este orden de ideas a la forma de El Escorial, que es una reproducción simbólica de la parrilla sobre la que San Lorenzo fué quemado vivo. Esta tradición popular viene registrada en el conocido *Diccionario de Arquitectura* de Wasmuth (tomo II, 1930) como notable contribución al simbolismo en la arquitectura.

Trevor Davies lanza en nuestros días *(The Golden Century of Spain*, 1937) la opinión de que Felipe II emprendió la construcción de El Escorial para dar expresión eterna a la excelsitud de la Monarquía sobre toda la nobleza, por lejos que llegara el árbol genealógico de ésta y por grandes que fuesen sus posesiones: frente a esta razón suprema, todas las demás razones tienen que posponerse, según Trevor Davies; por la misma causa, dice, levantó posteriormente Luis XIV el palacio de Versalles.

Nos da a conocer el verdadero motivo de la edificación con objetiva claridad el documento original de su fundación: obedeciendo al testamento de su padre, al que respetaba con veneración ilimitada, el monarca creó, según proyecto propio, el

mausoleo monumental para el César difunto, para sí mismo y para toda la casa real.

En todas las explicaciones del sentido de El Escorial no debe despreciarse un factor esencialísimo: el sentido artístico de Felipe II. Si él no hubiera sido el monarca amante del arte— como ha sido probado por la investigación moderna frente a los difamantes juicios de épocas anteriores—, si no hubiera sido el hombre que poseía elevadas ideas artísticas y una fuerte iniciativa personal, apenas un palacio conventual hubiera surgido de esta única, poderosa y caprichosa creación, a pesar del testamento paterno, a pesar de su agradecimiento por la victoria de San Quintín, a pesar de su veneración por San Lorenzo, a pesar del supuesto propósito de una demostración dinástica.

Hemos repetido con ello lo que se ha dicho una y otra vez: El Escorial es la expresión personal del espíritu de Felipe II. Y como quiera que éste ha sido calificado, tanto por españoles como por súbditos de otras naciones, de *el más español de todos los reyes españoles*, debe, por consiguiente, haber encontrado expresión patente en El Escorial el espíritu español, o por lo menos el espíritu español de aquella época. He aquí, sin embargo, el quid del problema. Casi pudiera decirse: la actitud adoptada por los críticos con respecto a la tan discutida personalidad de Felipe II debe ser también la misma que con respecto a El Escorial. Pero cuando se examina a Felipe II en primer término desde el punto de vista político y religioso, El Escorial, en cambio, exige valoración artística y estética: de este modo surgen tantos juicios erróneos que se basan en ideas preconcebidas; y no es raro el caso de visitantes de El Escorial que se acercan a él con buena voluntad, pero que no logran formarse un juicio recto por no poder sacudir la carga de siglos de prejuicios políticos hondamente arraigados.

Los contemporáneos de Felipe II veían surgir la arrogante edificación con inmenso asombro. Su fama no tardó en exten-

derse por toda la Cristiandad. Se citaban las cifras de su extensión y dotación, se hablaba de cantidades de material, hombres y fondos que todavía hoy impresionan, pero que al mundo de entonces debían parecer casi astronómicas. Dióse a El Escorial el nombre de *Octava Maravilla del Mundo;* y patriotas fanáticos sostuvieron que era la *única* maravilla del universo.

Los escritores del siglo XVI, sean biógrafos, historiadores o viajeros, tributan en general a El Escorial elogios sin tasa. El juicio general de la época viene reflejado quizá de la mejor manera, o de la manera más significativa, en la conocida *Cosmographia* del P. Mérula, quien dice que El Escorial pudiera parangonarse con las mayores construcciones de la Antigüedad y de épocas posteriores: *operi tanto vix quid est par, vix quid secundum.*

El siglo XVII adopta primeramente una actitud igualmente positiva con respecto a El Escorial, ya se trate —para citar únicamente algunos testimonios característicos— del polaco Jacobo Sobieski (1611), del inglés James Howell (1620-23), del alemán Jerónimo Welsch (1633) o del noruego Otto Sperling (1640-41).

Pero también aparecen ya las primeras dudas y juicios desfavorables. El testigo del *Itinerario* de Martín Zeiler (1637) opinaba que el elogio que Mérula hace de El Escorial es exagerado. El mismo se declara en contra de las manifestaciones entusiásticas que le han sido hechas por españoles en el propio país. Así, en Valladolid se le había dicho que El Escorial superaba incluso al templo de Salomón. Se le había contado también que la construcción había costado más de 20 millones o 200 toneladas de oro. Duda de la exactitud de estos datos y cita al P. Mariana, que sólo a 3 millones se refiere. Pero, agrega razonablemente, el coste puede ser tan grande como quieran, "que no es cosa que nos importe, sino que sólo hay que admirar esta poderosa fábrica que puede compararse con muchas de las antiguas maravillas y en parte incluso preferirse a ellas; de los nuevos edificios erigidos

por otros potentados, sin embargo, hay que confesar: *Omnis structurae cedat structura Philippi*".

Esta reacción contra los elogios exagerados es, en el fondo, inofensiva; de todos modos, no hay por qué reconocer en ello repulsión nacional sistemática. Mucho peores son los ataques que por otros móviles van efectuándose poco a poco en creciente medida. Casi siempre son de índole política. Es significativo que procedan primeramente y en especial de parte holandesa y francesa, después de inglesa, y más tarde de parte italiana y alemana.

La desatada difamación de Felipe II, la llamada *Leyenda Negra*, y con ella la difamación de España en general, parte de tres libelos compuestos por súbditos del propio monarca. Ya entre los años 1560 y 1570, un emigrante español, llamado Reinaldo González Montes, publicó en Heidelberg un libelo contra su patria que no tardó en ser traducido al inglés (1568), alcanzando varias ediciones hasta 1857. En 1581 siguieron la mordaz *Apología* de Guillermo de Orania, y en 1594, en Londres, las tristemente célebres *Relaciones* del antiguo secretario y entonces enemigo mortal de Felipe II, Antonio Pérez. Casi todos los juicios negativos del siglo XVII e incluso de tiempos posteriores acerca de Felipe II y de El Escorial datan directa o indirectamente de aquellos libelos.

Revisten para nosotros la mayor importancia, naturalmente, las manifestaciones de viajeros que vieron personalmente El Escorial. Uno de los primeros juicios de esta clase pronunciados en sentido negativo es el del holandés van Aerssen (o de su secretario) en el año 1655. Comenta irónicamente que los españoles considerasen a El Escorial como obra maravillosa; dice que en otra parte, donde no fueran tan raras las construcciones hermosas, no sería en modo alguno considerado como algo extraordinario. Tomado en conjunto, este monumento no sería más que un montón de piedras (primera vez que oimos a un viajero esta frase tan a menudo repetida); y tomado aisladamente, tam-

poco tenía el valor que se le concedía. Se había llamado a Felipe II el Salomón del siglo XVI; pero se parecía tan poco a Salomón como El Escorial al templo de Salomón. La repulsión nacional que claramente se desprende de estas palabras, se acusa aún más en manifestaciones francesas del siglo XVII y también de época posterior. El orgullo nacional francés se sentía ofendido por ser El Escorial un monumento conmemorativo de la victoria de San Quintín. Como testimonio característico pudiera citarse la conocida *Geographia* de Michel Antoine Baudrand (1682), quien con amarga ironía escribe sobre la octava maravilla del mundo: "si los reyes franceses hubiesen erigido espléndidos edificios cada vez que infligieron una derrota de consideración a los españoles u otros pueblos, cuántas maravillas del mundo no existirían en Francia".

Como testimonio de parte francesa debe citarse también la célebre narración de viaje de la condesa d'Aulnoy (1691; el viaje se realizó en 1679). La condesa estima fabulosa la riqueza de El Escorial en tesoros y obras de arte. Pero la construcción en sí no tiene, en su opinión, nada de especial ni en la invención ni en la ejecución, aparte sus colosales proporciones. Cita también una característica anécdota difamatoria. Encontrándose una vez el duque de Braganza en la Corte del rey de España, hizo éste que le condujeran a El Escorial, para darle una idea de su poderío y de su grandeza. Y cuando se le dijo al duque que el rey había erigido el palacio en cumplimiento de su voto hecho en San Quintín, hizo el duque la *aguda* observación de que si el rey había hecho un voto tan formidable, no menos formidable habría sido, por consiguiente, su miedo ante la batalla. Este reproche de que El Escorial era el resultado de un presunto miedo y cobardía de Felipe II, se encuentra en épocas posteriores con mayor frecuencia.

De esperar era que el siglo XVIII, la llamada época de las luces, mostrara cada vez menos comprensión por la grandeza y sin-

gularidad de El Escorial. Cierto que sería erróneo suponer que todos aquellos que entonces se ocupan de El Escorial sobre la base de sus propias observaciones o de fuentes escritas, se manifiesten en sentido negativo. Más bien siguen todavía ejerciendo su influjo los juicios positivos de los siglos XVI y XVII con fuerza bastante para hacer surgir un cuadro favorable, cuando menos en libros de geografía y obras de consulta. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con la Gran Enciclopedia francesa de Diderot y de d'Alembert, de la que más bien debiera esperarse lo contrario. De ella nacen casi todas las demás grandes obras de consulta europeas: éstas copian a aquélla. En este aspecto, por tanto, no puede esperarse que se forme opinión propia alguna. Por lo menos, así ocurre cuando se consulta en la Enciclopedia la acepción *Escorial*. Si, al contrario, se examina el artículo *Espagne*, se lee allí, entre otras cosas, que Felipe II había tratado de someter, desde El Escorial, a toda la Cristiandad por medio de negociaciones o por la fuerza de las armas. Aquí aparece la recusación indirecta de El Escorial, fundada en la antipatía política: queda tachada implícitamente de morada del *tirano*.

Pues junto al término injurioso de *demonio del mediodía* se aplicaba a Felipe II, cada vez con mayor frecuencia, la calificación de *tirano*, que permite ya presentir la proximidad de las ideas de la gran Revolución francesa. También por Inglaterra es juzgado Felipe II de tirano, puesto que en él se ve el más rudo contraste con las ideas de la democracia inglesa y del parlamentarismo, para prescindir de los factores religiosos. Así, William Dalrymple (1774) admira sin reservas la construcción de El Escorial y sus ricos tesoros; pero nos dice al final: "Un noble corazón se conmueve, cuando ve surgir las obras de la magnificencia como humildes regalos de un pueblo trabajador, libre y floreciente; pero cuando el poder opresor de la tiranía martiriza a una nación entera para satisfacer la estulticia o la

vanidad de un solo hombre, tales pomposos edificios oprimen el corazón y le hacen rebosar de odio contra la hidra".

En otros ingleses que visitan El Escorial en aquella época, se encuentra cierta exaltación del paisaje que rodea a El Escorial, característica del sentido de la naturaleza de la época que despierta; por ejemplo, en Joseph Townsend (1785) —que, por otra parte, es de la opinión de que El Escorial no es lugar propio para señoras— o en William Beckford (1789), que visitó El Escorial en pleno invierno, en diciembre, y que lo halló triste en medio de las peladas montañas y lo dejó con frío y con hambre. Parecióle el edificio una prisión, un templo subterráneo de una religión misteriosa y terrible.

De igual época procede el juicio del danés Carlos Cristóbal Plüer, que residió largo tiempo en Madrid en calidad de predicador de la legación danesa. Censura que Felipe II, con el pretexto de necesitar mucho dinero para la guerra con Francia, obtuviera de las Cortes la concesión de una enorme suma, que, sin embargo, empleó después para las obras de El Escorial. Desde aquella época —dice— las Cortes se habían negado a reunirse, lo que no desagradó al rey. Plüer halla la construcción de El Escorial en sí suntuosa, "y, aunque poco artística, hermosa". Es uno de los primeros en registrar la superstición que corría por el pueblo de que el espíritu de Felipe II vagaba durante las noches por las galerías de El Escorial. Por ello, había ordenado la reina madre en 1761 que se apostaran centinelas y que hicieran rondas de vez en cuando "con objeto de averiguar el asunto".

De parte francesa, tiene lugar en aquellos años un violento ataque de un librepensador manifiesto: el conde d'Artois. Visitó El Escorial en 1782, invitado por la corte española. Admite su grandeza y riquezas. La iglesia le parece demasiado oscura. Pero "cet édifice, entouré de bois et de montagnes, sert de logement à trois cents êtres inutiles au monde, et qui seraient bien mieux employés à porter le mousquet, qu'à vivre en campagnie de

St. Antoine, scandalisant ceux à qui ils devraient servir d'exemple, et fatigant Dieu par leurs prières hypocrites. L'Espagne doit ce monastère à la superstition de Philippe II...". (Pero, según él mismo dice, no vivió mal en El Escorial, ya que, donde hubiera franceses, siempre se pasaba alegremente.)

Con mayor violencia aún se expresó en 1784 un compatriota del conde d'Artois, el marqués de Langle. El Escorial es para él un lugar célebre ciertamente, pero nuboso y triste, aunque hubiera costado 60 millones de pesetas. A Felipe II le califica de monstruo y de tirano. También conoce él la superstición albergada en el pueblo de la aparición nocturna del espíritu de Felipe II en las galerías de El Escorial.

Frente a estos testimonios *ilustrados* debe citarse el juicio formado por otro francés de aquellos tiempos, el chevalier Jean-François de Bourgoing, que recorrió España desde 1777. Rechaza el juicio de la historia sobre el carácter *sombre et farouche* de Felipe II. En cuanto a El Escorial, su arquitectura no tiene nada de suntuosa en su opinión, y más bien la severa sencillez de un convento que el esplendor aparejado a la residencia de un monarca. La arquitectura de la iglesia es sencilla, pero majestuosa; es, sin duda, demasiado alta en relación con su anchura. El panteón le parece *une morne magnificence*. Toda la construcción poderosa, en la que debía rondar el espíritu de Felipe II, no despierta sensaciones alegres, sino que inclina a graves meditaciones sobre el fin de todas las cosas.

No merece la pena examinar los testimonios de otros viajeros de finales del siglo XVIII, ya que casi todos están influídos por los librepensadores mencionados. Esto es lo que ocurre principalmente con viajeros alemanes, como, por ejemplo, con Carlos Augusto Engelhardt (1794). No obstante, debe ponerse de relieve especialmente un importante testimonio alemán de las postrimerías del siglo XVIII. Guillermo de Humboldt visitó El Escorial con su esposa Carolina en noviembre de 1799, y en su dia-

rio nos habla de sus impresiones. Aquí, por vez primera, se hace sentir el efecto del *Don Carlos,* de Schiller, que influyó de manera profunda en Alemania y fuera de Alemania en la actitud adoptada hacia Felipe II y en general hacia España. Arturo Farinelli señala en su conocido libro *Guillaume de Humboldt et l'Espagne* (1923; 2.ª edición, 1936) que El Escorial debió ejercer especial atracción sobre el matrimonio Humboldt, toda vez que les había hecho recordar la trágica muerte de Don Carlos: puesto que en estos lugares y en Aranjuez había situado Schiller la acción principal de su drama. En esto Farinelli sin duda sufre un error: el drama no se desarrolla en El Escorial, que solamente es mencionado dos veces como panteón real. Pero es cierto que los Humboldt, en efecto, recordaron la tragedia de Schiller.

Opina Humboldt que el edificio impone por sus proporciones y por la multitud y angostura de las ventanas. "Aunque el tipo de construcción no se puede llamar verdaderamente gótico, tanto más gótico es el aspecto del convento. ¿No pudiera compararse la gran impresión que produce este edificio con aquella causada por los poetas que antes de formarse el verdadero arte poetizaban, sin embargo, con verdad e inclusive con genio? Muestran a la humanidad en cierto modo desnuda, y conmueven así más profundamente, porque diríase que se siente compasión con la materia misma." El panteón produce a Humboldt honda impresión. Dice que los alrededores se califican sin motivo de desagradables: más bien encierran gran belleza, gracias a la vista que, desde algunos sitios, se disfruta de las montañas. Añade que tuvo aquí una sensación melancólica, pero dulce, y hubiera querido vivir cuando menos algún tiempo en aquellos lugares. "El Escorial pertenece a esos lugares que es imposible visitar sin ser presa del vivo recuerdo de tiempos pasados. Esta extraña comunidad en la que viven desde hace siglos reyes y monjes es

maravillosa. Desde allí dominaba Felipe II medio mundo." (*Gesammelte Schriften*, XV, 321 ss.)

En términos análogos escribía Carolina de Humboldt a su amiga (11-XI-1799): "... debiera visitarse El Escorial, aunque el camino fuera doble largo y el viaje aún más molesto. La iglesia de El Escorial podría ser más amplia y tener más luz, pero, sin embargo, es de un gusto noble y grandioso..."

Vaya aquí una observación con respecto a la penumbra de la iglesia, tan frecuentemente censurada que presenta, en efecto, cierta contradicción con el estilo claro y severo de la construcción. En mi opinión, se ha captado aquí una vez más aquella mística luz crepuscular de las catedrales medievales, que era para Felipe II expresión de la piedad y fervor más profundos y, por ende, imprescindible en una casa de oración. Por lo demás, no es indiferente la estación o el tiempo o la hora del día en que se visita la iglesia; pues el efecto de la luz varía en consecuencia. Los Humboldt estuvieron en El Escorial en noviembre de 1799.

Pasamos los umbrales del siglo XIX, entrando en la época del Romanticismo. Asistimos al fenómeno de que mientras por una parte se produce, a consecuencia del renacimiento de la Edad Media, un verdadero entusiasmo por España, y por otra, en cambio, una actitud tanto más violenta para con la España postmedieval, es decir, en particular para con Felipe II y su época. El Escorial, precisamente, en contraposición a los castillos y ciudades del Medioevo, a las catedrales y sobre todo a la Alhambra, es barómetro y termómetro infalible de esta actitud espiritual. Cuanto más crece, por ejemplo, el entusiasmo por la Alhambra (especialmente después de Washington Irving) y la llamada España romántica, tanto más baja la curva por lo que respecta a El Escorial.

A los anteriores reparos, basados en razones nacionales, políticas, confesionales y arquitectónicas, se suman entonces objeciones estéticas. Con el elemento intelectual se asocia el elemen-

to sentimental, más peligroso en sus efectos. El viajero romántico buscaba en España castillos, catedrales, ruinas pintorescas y multicolores trajes populares, sol deslumbrador y románticos paisajes, hermosas mujeres y hombres arrogantes, danzas apasionadas, música de guitarra y aventuras con fieros bandidos y contrabandistas. Y he aquí que, en medio de un singular paisaje de rocas, cuyo heroico carácter no puede alcanzar a comprender, le sorprende este formidable palacio conventual, de formas severísimas y desprovisto de todo ornamento, que lleva el estigma del odiado *tirano* tan diametralmente opuesto a todo romántico libertinaje. Muy lógico es que casi todos los visitantes de El Escorial, en aquellos días del Romanticismo y aun mucho después, lo condenaran con duras palabras.

Se cuentan por docenas los juicios emitidos en el siglo XIX por testigos oculares; bastará citar de entre ellos los más característicos.

Los viajeros anglosajones de aquellos tiempos, como, por ejemplo, Cook (1829) y Jenning (1837), lo califican de uno de los más extraños monumentos de la estulticia humana y sostienen que todas sus medidas arquitectónicas son falsas.

Chateaubriand vió El Escorial en 1807, sin encontrar ninguna palabra de elogio.

Théophile Gautier estuvo en 1840 en El Escorial y lo caracterizó con las palabras *sécheresse, marasme, ennui.* Para él, la forma de parrilla es una *puérilité symbolique.* La iglesia es *triste et nue,* el panteón frío e inanimado y el conjunto es un *spleen.* En una palabra, nada merece alabanza en El Escorial; es un desierto pedregoso, solitario, un *cauchemar architectural.* Mantiene que al regresar a Madrid, todos sus amigos se habían admirado de que escapara vivo Hay que mencionar también que Gautier es citado en la *Grande Encyclopédie* como testigo principal en la crítica de El Escorial.

Alejandro Dumas sostiene en 1846 que, en cuanto entró en

El Escorial, le sobrecogió un escalofrío, como si nunca tuviera que volver a salir de allí. Lo terrible no despierta admiración, sino que hace estremecer. Tan fuerte era su impresión que ni tan siquiera se acordó del almuerzo, y no volvió a recuperar el apetito hasta encontrarse de nuevo al aire libre.

Junto a los grandes nombres de Chateaubriand, Gautier, Dumas, aparece el de Edgar Quinet, cuyo juicio ha sido estimado hasta en nuestros días. Su conocido libro *Mes vacances en Espagne* (1846) apareció en versión española en 1931. La *Encyclopaedia Britannica* menciona el largo capítulo que en su libro dedicó Quinet a El Escorial, como fuente importante para la crítica del edificio. El juicio de Quinet es negativo en absoluto. Según él, El Escorial es el Ararat moderno; monumento erigido por odio a la vida; símbolo del eterno maridaje de la iglesia con el despotismo. El pudridero es lo menos triste que allí se encuentra. Cierra su descripción llena de fantasía con estas palabras: "Necesito el sol de Andalucía para reponerme del frío de El Escorial."

No es extraño que los juicios negativos de tan célebres escritores franceses influyeran en toda la literatura acerca de El Escorial. Casi nadie se atrevía a contradecirles; era, por decirlo así, de buen tono compartir su opinión. Autores que hasta enjuician favorablemente a Felipe II, no llegan a comprender el valor de El Escorial.

Nos llevaría demasiado lejos citar todos y cada uno de tales testimonios. Casi todos coinciden en sus apreciaciones. Abundan entre ellos los viajeros alemanes, ingleses, franceses, italianos. Citemos tan sólo a Edmundo de Amicis (1873) y Maurice Barrès (1894).

Pero, por otra parte, desde mediados del siglo XIX se oyen voces aisladas que se atreven a oponerse a la presión del parecer general. Si Franz Lorinser (1855) y Reinhold Baumstark (1867) rompen lanzas por un juicio imparcial sobre Felipe II

y reconocen, si bien con reserva, el mérito de El Escorial, les mueven evidentemente a ello motivos confesionales que pudieran parecer faltos de objetividad. Por eso, tanto más valiosos son para nosotros los testimonios libres de tales reparos de tres eruditos que ocupan un puesto particular en la historia de la crítica de El Escorial. En primer término, el norteamericano William Prescott, que en su famoso libro sobre Felipe II (1856), trata también del palacio monacal de la Sierra de Guadarrama, exigiendo su recta valoración. Aunque Julián Juderías califica a Prescott de preocupado (La Leyenda Negra), sin embargo, se puede decir que al menos éste se esfuerza en ser lo más objetivo posible.

En la misma época en que Gautier, Dumas, Quinet calumniaron El Escorial, el botánico alemán Moritz Willkomm, que conoció a fondo España, escribió en 1847: "En la cima de la montaña me sorprendió extraordinariamente la súbita vista de El Escorial y de toda la cordillera del Guadarrama. El cuadro que se ofrecía a mis ojos tiene un carácter sumamente peculiar y grandioso, pero hace pensar más bien en un paisaje nórdico que en España... Sólo este paisaje, este escenario grandioso y sombrío podía adaptarse a El Escorial... El Escorial es el espíritu hecho piedra de Felipe II, y sólo un monarca como él pudo construirlo. Aquí todo es sencillo, noble, simétrico, basado en severas normas, pero de una imponente grandiosidad... Mientras que la misteriosa penumbra de una iglesia gótica despierta en el que en ella entra un sentimiento de devoción y fe, en esta iglesia, cuyo interior está iluminado por la luz que penetra por las altas ventanas, se siente uno empequeñecido, anulado, en toda su terrena mezquindad..."

Y, por último, el tercero, el alemán Luis Passarge, que vió El Escorial en 1882. Sus palabras y su protesta contra la opinión general son tan significativas que deben ser reproducidas por completo: "Como expresión exacta del carácter de Felipe II, el

edificio es grande, sublime incluso: la iglesia, con su luminoso efecto, basada enteramente en líneas arquitectónicas sencillas, es una obra de primer orden, que traslada, por decirlo así, la impresión de serenidad de un templo griego al interior del edificio y que nada tiene de común con creencias tenebrosas, ascetismo y persecuciones religiosas... No comprendo porqué El Escorial haya de producir necesariamente una impresión abrumadora, desconcertante y que ahoga el espíritu. Y menos aún he sentido en su disposición —pues es de extraordinaria sencillez— aquella laberíntica angustia de que casi todos los viajeros se creen presa. Tales juicios e impresiones se convierten en el transcurso de los siglos, por decirlo así, en tradicionales, y defenderse de ellos es un deber."

(Téngase en cuenta que tanto Willkomm como Passarge, en contraposición a muchos otros visitantes, tuvieron en la iglesia la impresión de la claridad: evidentemente estuvieron allí en días de sol. Es posible que esto haya influído favorablemente en su opinión; pero, sin embargo, en nada afecta a la misma.)

Las palabras de Passarge son una voz en el desierto; nos llevan a una controversia muy característica de época recientísima acerca de El Escorial. Ludwig Passarge fué el autor del manuscrito original del *Baedeker* sobre España y Portugal, pero renunció a la edición del libro. A juzgar por sus plabras más arriba mencionadas, la referencia de El Escorial en el *Baedeker* debiera hacer sido positiva. Pero aquí precisamente se introdujo una cita de un trabajo del célebre historiador del arte Carl Justi del año 1880, titulado *Felipe II como amigo del arte*, en el que se comparaba a El Escorial con una fortaleza o una prisión. En la cita de Justi se encuentra la frase tantas veces repetida por otros: "El Escorial es un ejemplo de lo que puede y no puede la voluntad", impotente, se añade en ella, para producir una sola obra de genio. La creación de Felipe II carecía del destello divino; tuvo el monarca la desdicha de vivir en una época que no

se distinguía ni por la virtud creadora ni por las dotes artísticas. "Sólo como parte del paisaje en torno, posee El Escorial un encanto completamente ajeno a las intenciones de sus constructores."

Las palabras de Justi en el *Baedeker* dieron motivo a Miguel de Unamuno en sus *Andanzas y visiones españolas* (1922) para una vigorosa réplica, en la cual las califica de calumnia a El Escorial y de muestra de una crítica que quiere ser estética, pero que es en realidad política. Unamuno rebate uno por uno los argumentos de Justi y señala que el *Baedeker*, empleado en todo el mundo, ha contribuído en mucho a la difusión de la opinión general desfavorable.

Fundamentalmente tiene Unamuno razón, pero su crítica no hubiera sido tan acerba de haber leído completo el trabajo de Justi, del cual ha tomado la cita que figura en el *Baedeker*, puesto que en su trabajo Justi formula en conjunto un juicio enteramente favorable con respecto al sentido y crítica de Felipe II, en abierta contraposición con los juicios de la mayoría de los demás contemporáneos. Presenta incluso el más rudo contraste con su contrincante Meier-Graefe, el descubridor alemán del Greco, quien ataca sin piedad a Felipe II y El Escorial en su conocido libro titulado *Spanische Reise* (1910): a El Escorial lo califica literalmente de "hospital monumental", "establecimiento funerario", "incubadora de pesadillas".

Pero basta ya de opiniones desfavorables de época moderna de las que muchas —como, por ejemplo, la de Franz Kuypers (*Spanien unter Kreuz und Halbmond*, 1917), saturada de enfermiza fantasía— tienen su origen en el *Baedeker*, en cuya última edición (1929), por lo demás, se ha sustituído el pasaje sobre El Escorial por un comentario muy elogioso, debido, si estoy bien informado, a la Sra. Gertrud Richert. Examinemos más bien las fases de la evolución positiva, que empieza a todas luces con Passarge. Puede decirse incluso que el "renacimiento" de la

crítica de El Escorial en países no españoles parte, si no por completo, sí en su mayor parte, de Alemania.

En los primeros años de nuestro siglo, Klimsch (1908) y Mayrhofer (1914) defendieron a El Escorial; pero como lo hicieron desde un punto de vista fundamentalmente religioso, podrían ser calificados de parciales. Por eso son más importantes las palabras de Max von Böhn (1904), llenas de sincero elogio. Albrecht Haupt, en su conocida *Historia del Renacimiento en España* (1927), llama a El Escorial "la más exacta representación de la Contrarreforma", un edificio gigantesco, creación de un monarca, sin duda alguna amante inteligente del arte, admirador de Tiziano y de otros astros de primera magnitud del Renacimiento". En el mismo año de 1927 habla Karl Brandi, en su célebre libro sobre Carlos V, del "gigantesco convento de El Escorial, el más grandioso de todos los sepulcros reales".

La moderna concepción de Felipe II y de El Escorial está caracterizada principalmente por los ilustres nombres siguientes: el francés Louis Bertrand (1929), el anglosajón Trevor Davies (1938), los alemanes Reinhold Schneider (1931), Georg Weise, (935) y sobre todo Ludwig Pfanld (1924 y 1938).

Es significativo que, entre ellos, Louis Bertrand, aun reconociendo toda la grandeza de El Escorial, no logre desembarazarse de la antigua tradición negativa. Acaso en términos generales podamos ver en él, que cita ampliamente a Gautier y a Barrès, un exponente de la actitud espiritual francesa, a la que repugna íntimamente la forma monumental desornamentada. En Trevor Davies, en cambio, reconocemos la actitud anglosajona, que antes de considerar el elemento artístico y estilístico del edificio pregunta por el fin práctico para el que fuera levantado, contestando: para el fin político-realista de servir de baluarte espiritual contra la nobleza renitente.

Los autores alemanes antes citados tratan de penetrar de un modo positivo en el espíritu del edificio, de aprehenderle y de

comprenderle. La descripción de Reinhold Schneider en su libro *Felipe II, o religión y poder (Philipp II., oder Religion und Macht,* 1931), es la que menos se apoya en fundamentos científicos, perdiéndose en ritmos sonoros y sinfonías de palabras. Tanto más fundados y convincentes son los juicios emitidos por Weise y por Pfanld. A mi juicio, expresan magníficamente la actitud espiritual de la nueva época, por lo menos en Alemania, respecto de El Escorial y, por ende, de la gran historia de España.

En su estudio *El Escorial como expresión esencial artística de la época de Felipe II y del período de la Contrarreforma (Der Escorial als künstlerischer Wesensausdruck der Zeit Philipps II. und der Periode der Gegenreformation,* en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft,* serie I, tomo 5, 1935, pág. 337 y sigs.) nos da una magna síntesis de los fundamentos espirituales de El Escorial. Sus ideas principales son: uno de los rasgos esenciales que caracterizan el afán del siglo XVI es el sentido de la majestad y la dignidad, de la grandeza y de lo sublime. Al ideal gótico de la belleza, con su finura que espiritualiza las cosas y la gracia preciosista, se ha contrapuesto ahora como norma estética la acentuación de una plenitud de formas históricas vigorosas, la glorificación de lo poderoso, grandioso e imponente. También el sentido de la veneración y de la distancia ha adquirido nuevo impulso al calor del contacto con la Antigüedad... La creación de Felipe II está determinada por la unión de las formas del Renacimiento en su apogeo con el espíritu del movimiento de la Contrarreforma en su carácter histórico. El Escorial es la primera construcción en suelo español en la que el sistema arquitectónico de cuño antiguo, desarrollado en Roma, se aplicó y logró de un modo exclusivo en su pureza plena, libre de todo recuerdo del arte gótico, de la tradición mora y de la primera etapa renacentista. Felipe II cultivó conscientemente este estilo y trató de darle vigencia exclusiva, poniendo toda la arquitectura pú-

petrificada de la España espiritual de Felipe II; es una alegoría, convertida en piedra elocuente, de esta época de severidad formal clasicista, de erudición paciente, de interiorización mística, de compenetración de los ideales humanos y divinos, o si se quiere con más exactitud y dando a estas abstracciones un valor documental, es la alegoría viviente de la época de Arias Montano y Fernando de Herrera, de Morales y de Mariana, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús."

Y en su célebre libro *Felipe II* (1938), recientemente vertido al castellano, el título del capítulo 19 que trata de El Escorial, reza: "El monumento de la España eterna". Una reproducción de los juicios formulados en esta exposición realmente grandiosa del autor, e incluso una reproducción de párrafos enteros de la misma, no podría en modo alguno reflejar la impresión que causa, cuando se lee en el marco del libro entero. Quien quiera, con buena voluntad, conocer y comprender el sentido y el carácter y la historia de El Escorial, habrá de tener en cuenta esta obra magistral de Ludwig Pfanld.

(La bibliografía relativa a los viajeros cuyas opiniones hemos mencionado puede verse en Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal,* I (1921 y 1942), II (1930).

BIBLIOGRAFIA

Para la bibliografía en general, compárense:

R. Foulché-Delbosc: *Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal.* "Revue Hispanique", III, 1896.

A. Farinelli: *Divagaciones bibliográficas. Viajes por España y Portugal.* T. I, Madrid, 1921; t. II, Madrid, 1930. Nueva edición del tomo I, Roma, 1942.

Aerssen (o Antoine de Brunel): *Voyage d'Espagne curieux, historique et politique. Fait en l'année 1655.* París, 1665, y otras ed.

Amicis, Edmondo de: *Espagna.* Firenze, 1875, y otras ed.

Artois: *Charles de Bourbon. Voyage du comte d'Artois à Gibraltar, 1782,* en "Revue retrospective". París, 1838.

Aulnoy, Marie-Catherine de: *Relation de voyage d'Espagne.* Paris, 1691, y otras ed.

Baedeker: *Spanien und Portugal*. Leipzig, 1897, y otras ed.
Barrès, Maurice: *Du sang, de la volupté et de la mort*. París, 1894, y otras ed.
Baudrand, Michel Antoine: *Geographia*. París, 1682.
Baumstark, Reinhold: *Mein Ausflug nach Spanien im Frühling 1867*. Regensburg, 1868, 1869.
Beckford, William: *Italy, with sketches of Spain and Portugal (1787)*. Londres, 1834, y otras ed.
Bertrand, Louis: *Philippe II à l'Escorial*. París, 1928.
Böhn, Max von: *Spanische Reisebilder*. Berlín, 1904.
Bourgoing, Jean-François de: *Nouveau Voyage en Espagne*. París, 1788, y otras ed.
Brandi, Karl: *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Persönlichkeit und eines Weltreiches*. München, 1937 (t. I).
Chateaubriand, René de: *Itinéraire de Paris à Jérusalem*. París, 1822, y otras ed. (Al final, breve mención de El Escorial.)
Cook, S. E. Cook Widdrington: *Sketches in Spain during the years 1829-31*. Londres, 1834.
Dalrymple, William: *Travels through Spain and Portugal in 1774*. Dublin, 1777, y otras ed.
Diderot et d'Alember: *Encyclopédie*. París, 1751-65, y otras ed.
Dumas, Alexandre: *Impressions de voyage. De Paris à Cadix*. París, 1847-8, y otras ed.
Farinelli, Arturo: *Guillaume de Humboldt et l'Espagne*. En "Revue Hispanique", 1898; en forma de libro: París, 1923 y 1936.
Gautier, Théophile: *Voyage en Espagne*. París, 1843, y otras ed.
González Montes, Reinaldo (Gunsalvius Montanus): *Sanctae Inquisitionis Hispanicae artes aliquot detectae et palam traductae*. Heidelberg, 1567.
Guillermo de Orania: *Apologie et défense du très illustre Prince Guillaume, par la grâce de Dieu Prince d'Orange, etc., 1561*. Nueva ed. Bruselas. Leipzig, 1858.
Haupt, Albrecht: *Geschichte der Renaissance in Spanien und Portugal*. Stuttgart, 1927.
Howell, James: *Epistolae Ho-Elianae*. Londres, 1655. Comp. Pfandl, Spanische Kultur und Sitte, págs. 236-7.
Humboldt, Guillermo de: *Gesammelte Schriften*, t. 15. Berlín, 1918.
Jenning: *Tourist in Spain*. Londres, 1837.
Irving, Washington: *Tales of the Alhambra*. 1831, y otras ed.
Justi, Carl: en *Zeitschrift für bildende Kunst*, N. F. VI, 1880; también en R. de Hinojosa: *Estudios sobre Felipe II*, Madrid, 1887, y en Justi: *Miszellaneen aus 3 Jahrhunderten spanischen Kunstle bens*. Berlín, 1908.
Klimsch: *Spaniens Städte, Land und Leute*. Einsiedeln, 1912.
Kuypers, Franz: *Spanien unter Kreuz und Halbmond*. Berlín, 1917 (lo mismo: *Spanien wie ich's erlebte*. Berlín, 1923).

Langle, Marquis de: *Voyage de Figaro en Espagne.* Saint-Malo, 1784, y otras ed.
Lorinser, Franz: *Reiseskizzen aus Spanien.* Regensburg, 1855.
Mayrhofer: *Spanien.* Reisebilder (1914), Freiburg, 1918.
Meier-Graefe: *Spanische Reise.* Berlín, 1910.
Merula, P.: *Cosmographiae Generalis libri tres.* Leyden, 1605.
Passarge, Ludwig: *Aus dem heutigen Spanien und Portugal.* Leipzig, 1884, 1905.
Pérez, Antonio: *Relaciones, etc.* Londres, 1594.
Pfandl, Ludwig: *Spanische Kultur und Sitte des 16. und 17. Jahrhunderts.* Kempten, 1924. Versión española.
Pfandl, Ludwig: *Philipp II. Gemälde eines Lebens und einer Zeit.* München, 1938. Versión española por José Corts Grau: *Felipe II. Bosquejo de una vida y una época.* Madrid, 1942.
Plüer, Carl Christoph: *Reisen durch Spanien.* Leipzig, 1777 (también en "Büschings Magazin", 1768).
Prescott, William: *History of the reign of Philip the Second, King of Spain.* Londres, 1855-56. Aunque J. Juderías *(La leyenda negra)* le califica de preocupado, se puede decir que al menos se esfuerza de ser objetivo.
Quinet, Edgar: *Mes vacances en Espagne.* París, 1846, y otras ed. Versión española, 1931.
Schneider, Reinhold: *Philip II. Oder Religion und Macht.* Leipzig, 1931.
Sigüenza, José de: *Historia primitiva y exacta del Monasterio de El Escorial,* escrita en el siglo XVI. Ed. Miguel Sánchez y Pinillos. Madrid, 1881.
Sobieski, Jakob: ed. Javier Lisje, en *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII.* Madrid, 1880.
Sperling: en "Revue Hisp.", t. 23.
Townsend, Joseph: *A journey through Spain in the years 1786 and 1787.* Londres, 1791, y otras ed.
Trevor Davies: *The golden century of Spain.* Londres, 1937.
Unamuno, Miguel de: *Andanzas y visiones españolas.* Madrid, 1922.
Wasmuth: *Lexikon der Baukunst,* t. II. Berlín, 1930.
Weise, Georg: *Der Eskorial als künstlerischer Wesensausdruck der Zeit Philipps II. und der Periode der Gegenreformation.* En "Spanische Forschungen der Görresgesellschaft". Serie I, t. 5. Münster, 1935.
Welsch, Hieronymus: Wahrhafte Reiszbeschreibung aus eigner Erfahrung. Stuttgart, 1648, y otras ed.
Willkomm, Moritz: *Zwei Jahre in Spanien und Portugal.* Leipzig, 1847, 1856.
Zeiller: *Itinerarium Hispaniae.* Ulm, 1637.

(Advertencia: Los años de los viajes no coinciden en todos los casos con los de la publicación de su descripción.)